



Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original:

La imagen de la nación, nacionalismo, peruanidad en el Perú a cien años de su independencia

Author(s)/ autor(es):

Małgorzata Nalewajko

Published originally as/ Publicado originalmente en:

Estudios Latinoamericanos, 10 (1985), pp. 95-134

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios1985.v10.art4>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

*La imagen de la nación, nacionalismo, peruanidad
en el Perú a cien años de su independencia*.*

Małgorzata Nalewajko

Los problemas de la conciencia nacional, identidad nacional, modo de entender la noción de la patria, interpretación de la de la nación, búsqueda de elementos esenciales de la nacionalidad, constituyen uno de los campos de investigación más interesantes en la historia, y a la vez, al aclarar y ordenar estos conceptos básicos y tan difíciles para definir por unanimidad, permiten un análisis más verídico de los procesos históricos, evitando el peligro de malentendidos originado muy a menudo precisamente por variedad de interpretaciones de dichos conceptos. La idea de nacionalismo moderno apareció en Europa occidental en la segunda mitad del siglo XVIII, y progresivamente conquistó el mundo. A consecuencia de su divulgación, cada vez más sociedades iban reconociendo el fenómeno de la patria, la conciencia de la participación en y la lealtad a la comunidad nacional, como uno de los valores principales en la vida social. Dado el carácter universal y multitud de variaciones en que aparece el fenómeno de nacionalismo, resulta imposible definirlo de manera determinante, tanto más que la intensidad de la preocupación por la autodefinición y la temperatura de las discusiones sobre modelos y proyectos de una nación varía no sólo según los países, sino también según los momentos históricos vividos por éstos.

* El texto presente está escrito en una etapa de la investigación más amplia, en curso de realización, sobre los procesos de la integración nacional en el Perú en los años veinte. Más que una parte integral del futuro trabajo, tiene carácter de un esbozo, que a la autora le sirve para ordenar ciertas ideas y problemas, y a los lectores — como información sobre el tema de la investigación y como invitación a hacer observaciones útiles para la autora. Del carácter preparatorio del texto resulta su forma incompleta e imperfecta, pues la etapa presente de la investigación, avanzada, pero no concluida todavía, y el marco estrecho de un artículo no permiten plantear el tema de manera completa. Muchos de los aspectos no mencionados en el texto, así como los tocados pero carecientes de presentación y discusión más amplia, aparecerán en el futuro trabajo.

En el Perú esta preocupación viene a ser patente en el período de cumplir un siglo de su vida republicana. La situación de los acelerados cambios económicos, sociales y políticos dio origen a muchas preguntas por la naturaleza y el destino del país y de todo el continente. Empezó su actividad la así llamada «generación del centenario». En el ambiente de la agitación intelectual, los jóvenes proponían sus interpretaciones de la realidad peruana, sus soluciones de los problemas del país. A sus propuestas, a veces muy radicales en el suelo peruano, contestaban los más moderados.

El despertar de la conciencia nacional en el Perú surge de la situación interior del país, y no parece ser reflejo de las discusiones sobre nacionalismo, presentes entonces también en otros países. Las opiniones de los intelectuales peruanos se limitan a las interpretaciones de la realidad de su propio país, sin que aparezca un análisis de nacionalismo como fenómeno universal o una tentativa de comparación de la preocupación nacionalista en el Perú con la existente en otros países. Así, por ejemplo, casi no hay referencias a las obras de autores extranjeros, excepto los latinoamericanos. El único europeo citado por los peruanos es Ernest Renán y su visión idealista de la nación, propia para el siglo XIX, mientras que las opiniones contemporáneas de los autores norteamericanos brillan por su ausencia.

Así pues, el movimiento nacionalista peruano surge del mismo suelo peruano, lo que no quiere decir que sea independiente de la situación económica y política mundial, aunque sí, de cierta manera aislado o autoaislado de las discusiones universales sobre nacionalismo. Los procesos de cambio que abarcaron el mundo, contribuyeron a cambiar la situación en el Perú, y esta situación interior cambiada dió a su vez origen a la gran discusión nacional, ya de inspiración genuinamente peruana, que se desenvolvía en función de los dos problemas más importantes en el Perú en aquella época, que fueron las reivindicaciones crecientes de las masas, y el así llamado problema indígena.

Precisamente la tercera década del siglo XX es el período cuando aparecieron los nuevos partidos políticos — nuevos tanto por el hecho de su creación reciente, como por sus características diferentes, pues reclamaban el derecho de articular los intereses de las masas, a diferencia de los antiguos, de extracción más bien elitista. En el año 1924 Víctor Raúl Haya de la Torre funda la Alianza Popular Revolucionaria Americana, el movimiento surgido de la agitación estudiantil y de la práctica de la

cooperación entre los estudiantes y los obreros, que declara la lucha antiimperialista realizada por el frente de los obreros, campesinos y trabajadores intelectuales, y a través de la cooperación solidaria de todos los pueblos americanos. Entre los miembros del APRA, encontramos a Luis Alberto Sánchez, M. A. Seoane, C. M. Cox, A. Orrego, entre otros. En el período estudiantil, o sea «pre-partidario» del APRA, entre estos nombres aparecen también los de J. Basadre y J. C. Mariátegui.

El último crea en el año 1926 la revista «Amauta» dedicada a la discusión de los problemas peruanos y presentación de las corrientes modernas del pensamiento político-social y cultural universal. En las páginas de «Amauta» encontramos los trabajos de los intelectuales de izquierda, sobre todo. De los colaboradores de esta revista cito a J. Uriel García, J. Ingenieros, G. Gallegos, J. A. Núñez, A. Solís. Vale la pena notar que al lado de los marxistas declarados (R. Martínez de la Torre), publican en «Amauta» los apristas (M. A. Seoane, C. M. Cox, A. Orrego, V. R. Haya de la Torre). La situación cambia cuando J. C. Mariátegui, después del período de la cooperación con los apristas, rompe sus contactos con Haya de la Torre empezando la polémica ideológica con éste, y funda el Partido Socialista en el año 1928.

H. Castro Pozo, además de ser miembro del Partido Socialista, era, junto con L. E. Valcárcel, uno de los participantes eminentes del movimiento indigenista que, lejos de ser un partido propiamente dicho, representaba ciertas características de un movimiento político, y sus miembros se colocaban a la izquierda del panorama político peruano.

La ideología conservadora de V. A. Belaúnde, fortalecida por su culto de la tradición y su devoción al catolicismo, lo sitúa al lado opuesto de este panorama. Aún más a la derecha encontramos a J. de la Riva Agüero, cuyas opiniones partiendo desde liberalismo racionalista evolucionaron hasta un severo conservadurismo afianzado en la fe católica. Sin embargo, ninguno de estos dos conservadores se identificaba con el civilismo (cuyo representante, el ex-presidente J. Pardo cito también), acusado tan duramente por la joven izquierda peruana.

La ubicación política de los autores más famosos de las opiniones citadas a continuación, nos dará una visión más ordenada de las ideologías y programas declarados en aquel período, pero vale la pena advertir que todas estas discusiones y confrontaciones, cualquier que sea la orientación de sus partidarios, han contribuido al fortalecimiento de la

conciencia nacional, han llevado al crecimiento de la preocupación e interés por el Perú. V. A. Belaúnde describe así este clima de búsqueda de la identidad nacional: «Hay indudablemente una intensa afirmación nacionalista en el Perú en estos momentos. Vivo entusiasmo despierta en nosotros la acentuación de la conciencia nacional, este culto de la peruanidad al que tantos estamos dedicados, estudiando nuestra geografía, investigando nuestra historia, y sobre todo tratando de revivir y de exaltar las esencias espirituales de nuestra nacionalidad»¹.

El mismo autor, apoyándose en la opinión de E. Renán, define la nación como «un conjunto de hombres unidos por el recuerdo de los grandes hechos que llevaron a cabo en el pasado y la voluntad de realizarlos en el futuro. Comunidad de recuerdos y comunidad de ideales»². Se encuentran las opiniones en las que se acentua el primer componente de esta síntesis de la tradición y las esperanzas. Por ejemplo, Manuel Belaúnde Guinassi, aunque toma en consideración también el futuro afirmando que «la historia es el alma de la nacionalidad, ella mejor que ningún factor permitirá la relación estrecha de los hombres que forman un pueblo, vinculados en un pasado común, unidos en un territorio, y con anhelos iguales que se proyectan al futuro», pone énfasis en el pasado y el presente. Comprende la patria como «símbolo representado por la tierra y los muertos. La tierra es el presente, los muertos son el pasado, es la Historia de un pueblo, de una nación», atribuyendo significado especial a la historia militar. «La Historia Militar, no sólo forma los Jefes y soldados de la Patria, forma la Patria misma, va modelando la Nación; las armas, los hechos militares son los determinantes de la variación de los hechos sociales. En su aspecto civil, la exposición fundamentada de los hechos de armas, el estudio de la vida de los héroes, la exaltación de sus virtudes, constituyen elemento constructivo de la nacionalidad, de la peruanidad en nuestro caso»³.

Para muchos intelectuales de ese período, la definición de la nación comprendida como síntesis del pasado y el futuro coincide con la de la patria. Gerardo Gallegos dice: «La patria es el pasado histórico de un gran pueblo que lo funde en una unidad homogénea — idioma, educación, cultura, costumbres, mentalidad — y proyecta al porvenir en un solo

1. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, Lima 1968, p. 33.

2. *Ibidem*, p. 137.

3. M. Belaúnde Guinassi: *Historia militar y nacionalidad*, Lima 1948, pp. 16-17.

destino. Y esta Nación, y esta Patria no existen todavía en Indo-América-Latina ni siquiera en aspiración definitiva del sentimiento colectivo, menos en la realidad de nuestra historia»⁴.

De manera más poética presenta la misma interpretación Abraham Valdelomar: «Bandera, ala de la Victoria [...] síntesis de la Patria, suma, concreción y extracto de los ideales más puros; bandera, ¡jala de la victoria! cielo de los vivos, alma de los muertos; patria de los héroes [...] Bendita seas porque en tus rojos pliegues esta la sangre de mi sangre, la sangre de mi padre y de mi madre, la sangre de mis abuelos, la sangre que por tí darramaron todas las generaciones»⁵.

José de la Riva Agüero reconoce también la proyección del pasado hacia el futuro: «La patria es una creación histórica. Supone no sólo la cooperación de todos los campatriotas contemporáneos, sino la mancomunidad de todas las generaciones sucesivas. Vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza, el de los muertos y el del ideal proyectado en lo venidero», aunque la tradición parece tener para el valor preponderante cuando dice: «"formar el alma nacional" tiene que significar [...] el fomento y la popularización de la historia patria, i depositaría y maestra de la tradición del país y verdadera creadora de la conciencia colectiva», y más adelante: «La patria, por definición y esencia, no puede ser nueva, porque representa el legado de los padres, la tradición, la herencia material y moral, ampliada y mejorada, pero nunca negada y demolida»⁶.

Vemos pues que, a base de las opiniones citadas, se puede comprender las nociones de la nación y de la patria como sinónimos. Por ejemplo V. A. Belaúnde sustituye libremente un concepto por el otro. «La patria está así constituida por una comunidad de tradiciones e ideales. La Nación supone la permanencia de una tradición y la voluntad de superarla. La Nación no es sólo un producto geográfico, ni un conglomerado económico, ni una estructura política; es una integración humana animada de un espíritu nutrido de las mismas tradiciones y orientado hacia los mismos destinos»⁷.

En esta definición vale la pena acentuar un elemento, presente también en

4. G. Gallegos: *No existen nacionalidades en nuestra América*, «Amanta», N° 13, Lima marzo de 1928, P. 36.

5. A. Valdelomar: *Bandera, Ala de la Victoria*, en: *Lecturas patrióticas*, s.l. 1944, pp. 9-10.

6. J. de la Riva Agüero: *Afirmación del Perú*, Lima 1960, t. I, pp. 8, 9, t. II, p. 5.

7. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, p. 8.

las opiniones de otros autores, a saber, lo espiritual que se funde con la realidad para dar en efecto el fenómeno de la nación — o la patria, pues se considera el factor espiritual como indispensable en el proceso de la formación de ambos fenómenos. «La nacionalidad no sólo está formada y constituida por elementos materiales, está sobre todo construida sobre bases espirituales por vinculaciones fundadas en la religión, la tradición, el idioma, etc.»⁸. De la comunidad de las experiencias surge lo espiritual que aglutina una nación. «El pueblo se fortalece con el ejemplo de sus Caudillos, con las virtudes de sus héroes, con las glorias de sus almas, así se mantienen vivos los sentimientos de Patria, Nación y los valores morales que reposan en el deber, la lealtad, la fe, el sacrificio y la esperanza»⁹. Para J. de la Riva Agüero «el triple baluarte de la religión, la lengua, la historia» no es suficiente para definir una entidad nacional. «La patria es un conjunto de aspiraciones, sentimientos y reacciones»¹⁰.

Una vez más vemos que los autores citados, en su mayoría representantes de la élite criolla (V. A. Belaúnde, J. de la Riva Agüero, M. Belaúnde Guinassi), identifican en sus opiniones las nociones de patria, nación y nacionalidad, enumerando los mismos requisitos y atributos al mencionar cada uno de estos fenómenos. La única diferencia en el uso de estos términos consiste en su connotación estilística-sentimental, y no en la definición, pues la palabra «patria», que aparece aquí con más frecuencia, es más solemne y se asocia con la interpretación de la patria — identificada a menudo con la bandera y la tradición gloriosa — como valor supremo.

En cambio José Ingenieros, el autor argentino cuyas opiniones tenían resonancia fuerte en el Perú, parece distinguir, aunque tampoco de manera exacta, ambos conceptos, pues el de la nación reúne requisitos visibles o de cierta manera susceptibles para medición (comunidad de origen, raza, experiencia histórica, idioma, costumbres y creencias, instituciones políticas y económicas) más los factores espirituales (solidaridad sentimental, aspiración de la grandeza), que a su vez constituyen la esencia de la patria. Así la patria, comprendida como un ideal compartido y anhelado por los miembros de una sociedad, sería parte integral del concepto de la nación. El elemento espiritual puede tomar

8. M. Belaúnde Guinassi: *op. cit.*, p. 17.

9. *Ibidem*, p. 17.

10. J. de la Riva Agüero: *op. cit.*, t. I, p. 5.

forma de «fuerzas morales». «La nación [...] supone comunidad de origen, parentesco racial, ensamblamiento histórico, semejanza de costumbres y de creencias, unidad¹ de idioma, sujeción a un mismo gobierno. Nada de ello basta, sin embargo. Es indispensable que los pueblos regidos por las mismas instituciones se sientan unidos por fuerzas morales que nacen de la comunión de la vida civil»¹¹.

Según otra interpretación, lo espiritual, identificado por J. Ingenieros con el fenómeno de la patria, está definido como comunidad de ideales y anhelos. «Una patria es mucho más y es otra cosa: sincronismo de espíritus y corazones, temple uniforme para el esfuerzo y homogénea disposición para el sacrificio, simultaneidad en la aspiración de la grandeza, en el pudor de la humillación y en el deseo de la gloria. Cuando falta esa comunidad de esperanzas, no hay patria, no puede haberla: hay que tener ensueños comunes, anhelar juntos grandes cosas y sentirse decididos a realizarlas, con la seguridad de que al marchar todos en pos de un ideal, ninguno se quedará en mitad del camino contando sus talegas. La patria está implícita en la solidaridad sentimental de una raza»¹². Así, la existencia de la patria constituye condición previa de la formación de la nacionalidad. «Mientras un país no es patria, sus habitantes no constituyen una nación. El celo de la nacionalidad sólo existe en los que se sienten acomunados para perseguir el mismo ideal»¹³.

V. A. Belaúnde en su tentativa de captar la esencia de lo espiritual en la vida de una nación, introduce un elemento nuevo: el de la vocación histórica. «La diferenciación nacionalista no sólo se basa en la diversidad de tierras y de lenguas, en la variedad de tradiciones y de ciertos modos de cultura, sino en la diferencia de destino, de vocación histórica. Lo fundamental en cada nación es descubrir este destino y esta vocación histórica. No merece el nombre de Nación el pueblo que no tiene conciencia del papel que le toca desempeñar en el mundo»¹⁴.

En casi todas las opiniones citadas aparece otro factor, digno de subrayar aunque su existencia parezca lógica, que es la comunidad. Los individuos que constituyen una nación comparten la tradición y cooperan en la construcción de su futuro. Esta comunidad convierte un conjunto de individuos en una unidad que es la nación; la patria para sus miembros.

11. J. Ingenieros: *Terraño, patria, humanidad*, «Amauta», N° 2, Lima octubre de 1926, p. 17.

12. J. Ingenieros: *El hombre mediocre*, Buenos Aires 1949, p. 191.

13. *Ibidem*, p. 190.

14. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, p. 13.

Ahora surge la pregunta, si esta comunidad implica derechos iguales para todos sus miembros. Resulta que según algunos autores la democracia y la libertad son atributos indispensables de una nación. «Para nada podremos realizar, nada se forjará en pro del alma de nuestra Nación sin libertad y sin democracia. La propia democracia política, la conciencia moral y cívica del ciudadano no se concibe sin libertad y sin democracia»¹⁵. El mismo autor subraya la importancia de la lealtad a las instituciones democráticas republicanas.

La relación estrecha entre lo nacional y lo democrático aparece también, aunque de manera indirecta, como si brotara más bien de la subconciencia, en la opinión de José Pardo: «my policy was not personal, but genuinely national [...] I did not seek unconstitutional support, such as the dictatorship is trying to secure by means of the organization of a new congress»¹⁶. La política nacional quiere decir para el ex-presidente la política democrática, basada en la representación de toda la nación a través de los partidos políticos.

Sin embargo, el funcionamiento libre de los partidos no constituye la esencia de la democracia. «Depositarios del alma de las naciones, los Pueblos son entidades espirituales inconfundibles con los partidos. No basta ser multitud para ser Pueblo: no lo sería la unanimidad de los serviles. El pueblo encarna la conciencia misma de los destinos futuros de una nación o de una raza. Aparece en los países que un ideal convierte en naciones y reside en la convergencia moral de los que sienten la patria más alta que las oligarquías y las sectas. El pueblo — antítesis de todos los partidos — no se cuenta por números»¹⁷.

Llegamos aquí a la relación la nación-el pueblo. V. R. Haya de la Torre considera lo popular como condición indispensable para la creación de lo nacional «porque no puede existir en las Américas verdadera soberanía nacional cuando no es su norma la soberanía popular que es su esencia democrática»¹⁸. Hay que buscar la esencia de la democracia no en el funcionamiento libre de los partidos políticos sino en la presencia del pueblo en la vida nacional. «Estos partidos no identifican ni pretenden identificar al pueblo con el gobierno o el Estado»¹⁹.

15. J. Varallanos: *El cholo y el Perú*, Buenos Aires 1962, pp. 223-224.

16. *Peru. Four Years of Constitutional Government*, New York 1920, p. 74. La observación se refiere al gobierno de A. B. Leguía.

17. J. Ingenieros: *El hombre...*, pp. 205-206.

18. V. R. Haya de la Torre: *Indoamérica*, Lima 1961, p. 176.

19. J. Varallanos: *op. cit.*, p. 217.

Resulta así que mientras que se puede, a base de las opiniones citadas arriba, identificar lo nacional, lo democrático y lo popular, no ocurre lo mismo con lo estatal. Se presenta la noción de Estado como decididamente diferente de la de la nación o del pueblo. Según V. A. Belaúnde, la formación de una nación precede su constitución estatal, aunque después la institución de Estado fortalece la conciencia nacional. «La Nación peruana como entidad moral ha precedido a la constitución del Estado peruano; éste ha contribuido a su vez, a definir, desarrollar y consolidar a la Nación misma»²⁰.

J. Ingenieros propone otra cronología, a saber los pueblos durante el proceso de asociación, se convierten en naciones o Estados políticos, con que las dos últimas organizaciones no son idénticas. «En fases de avanzada cultura las ciudades o regiones tienden a asociarse en estados políticos, formando naciones; sólo en la medida de su afinidad los pueblos pueden sentirse solidarios dentro de la unidad nacional [...] Cuando los pueblos heterogéneos se encuentran reunidos en un mismo Estado, los vínculos morales pueden faltar y la unidad es ficticia mientras hay subyugamiento»²¹. La diferencia básica entre una organización geopolítica en forma de Estado y una nación, consiste, según el autor, en la existencia de los «vínculos morales», el termino poco claro que se puede interpretar como justicia. «Cuando la justicia no preside a la armonía entre las regiones y las clases de un Estado, el patriotismo de los privilegiados ofende el sentimiento nacional de las víctimas»²².

Así pues, la justicia que surge del sentimiento de la solidaridad nacional es un elemento constitutivo de una nación, que no cabe en la definición de los países y Estados. «Los países son expresiones geográficas y los estados son formas de equilibrio político»²³. Cuando falta esta solidaridad, esta comunidad, la patria se degenera. «Cuando se vive hartando groseros apetitos y nadie piensa que en el canto de un poeta o la reflexión de un filósofo puede estar una partícula de la gloria común, la nación se abisma. Los ciudadanos vuelven a la condición de los habitantes. La patria a la de país [...] La exigua capacidad de ideales impide a los espíritus bastos ver en el patriotismo un alto ideal; los tránsfugas de la moral ajenos a la sociedad en que viven, no pueden concebirlo; los escl-

20. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, p. 110.

21. J. Ingenieros, *Terruño...*, pp. 17, 18.

22. *Ibidem*, p. 17.

23. J. Ingenieros: *El hombre...*, p. 190.

vos y los siervos tienen, apenas, un país natal. Sólo el hombre digno y libre puede tener una patria»²⁴.

J. Ingenieros describe aquí no tanto la realidad sino más bien un ideal, un modelo para el futuro. También V. R. Haya de la Torre describe el Estado no como es sino como debe ser: «Las tres clases oprimidas por el imperialismo: nuestro joven proletariado industrial, nuestro vasto e ignoro campesinado y nuestras empobrecidas clases medias constituirán las fuerzas sociales normativas de ese Estado»²⁵. El Estado aparece aquí como representante y defensor de las mayorías nacionales.

Al fin, nos ha quedado para comentar la noción de la nacionalidad. José Uriel García identifica la nacionalidad con la creación. Según su interpretación, la cultura y no la raza define y afirma la nacionalidad. La capacidad de creación es así a la vez causa y legitimización de la aspiración de una comunidad a la personalidad nacional. «Sólo desde este punto de vista puede hablarse de nacionalidades, cuando el peruano, igual que el argentino o el mexicano creen algo valioso para América y para el mundo desde la tierra peruana, argentina o mexicana. Cada territorio vale por el cúmulo de incentivos que ofrezca para la creación, porque cultura es creación del espíritu y no consecuencia de las hormonas o componentes químicos del caudal sanguíneo»²⁶. J. Ingenieros parece compartir este punto de vista, cuando dice: «El trabajo y la cultura son los sillares de la nacionalidad»²⁷.

Según el mismo autor, el fenómeno de la nacionalidad es posterior al de la patria que constituye su base. «Cuando no hay patria, no puede haber sentimiento colectivo de la nacionalidad»²⁸. Así la patria comprendida como un ideal u objetivo común a que aspiran los miembros de una sociedad, los integra fortaleciendo su solidaridad. Emilio Romero, en cambio, busca la base de la nacionalidad en la provincia. «La provincia es una base de la nacionalidad, donde se resume la historia, el trabajo, el idioma, la religión y las costumbres de los pueblos. La provincia es una formación histórica [...] perfecta, anterior a la nación», que a la vez constituye y enseña la patria. «En la provincia el sentido democrático tiene mayores posibilidades de incremento, empezando por la escuela.

24. *Ibidem*, p. 192.

25. V. R. Haya de la Torre: *30 años de aprismo*, México 1956, p. 79.

26. J. Uriel García: *El nuevo indio*, Cuzco 1930, p. 7.

27. J. Ingenieros: *Terruño...*, p. 18*

28. J. Ingenieros: *El hombre...*, p. 191.

La escuela y el colegio de la provincia ofrece una visión real y sentida de la patria»²⁹. De esta manera la dirección de la evolución propuesta por J. Ingenieros, está guardada: desde la provincia-patria a la nacionalidad.

Ahora liemos llegado al concepto de la «patria chica», una provincia, una región, una comarca, una localidad, que constituye patria más cercana y más sentida para sus habitantes. La presentación más sistemática del patriotismo local y su evolución, le debemos a J. Ingenieros para quien el amor al terruño es sentimiento natural e instintivo, que se encuentra incluso en las sociedades primitivas. No hacen falta ningunos estímulos especiales, conceptos políticos ni educación patriótica. No necesita ningunos símbolos racionales por ser puro sentimiento. El amor al terruño es compenetración del hombre con su medio físico, consanguinidad, vecindad habitual. En la medida de desarrollo social, los terruños empiezan a asociarse a base de la comunidad de intereses, semejanza de creencias e idiomas, formando sociedades regionales cuyos miembros van abarcando con su simpatía todo el nuevo terreno propio que ha crecido, aunque siempre guardando sentimiento especial para su propio terruño. Pero el patriotismo no termina su evolución a nivel regional ni tampoco nacional. «Cuando se escucha la sola voz del corazón, patria es el terruño; cuando prima el interés político, patria es el Estado; cuando habla el ideal, patria es la humanidad. Y en el desarrollo histórico de este sentimiento podemos decir que el terruño expresa el patriotismo del pasado, la nación el patriotismo del presente, la humanidad el patriotismo del porvenir»³⁰.

Vemos entonces que no se puede hablar de una sola forma sobre el patriotismo, puesto que cada hombre puede escoger dimensión diferente de la patria como la que merece su lealtad principal. Con tal punto de vista parece estar de acuerdo L. A. Sánchez, quien a pesar de muchas opiniones sobre la falta — atribuida a varias razones — del sentimiento patriótico de los indígenas, pone énfasis en su patriotismo telúrico, cuando dice: «Si hay en el Perú patriotismo profundo — que lo hay — está en el indio, que no concibe la Patria sin el suelo ancestral»³¹. Sin embargo, el hecho de que el indio tiene una patria privada no supone que reco-

29. E. Romero: *Perú por los senderos de América*, Lima 1959, pp. 141, 150.

30. J. Ingenieros: *Terruño...*, p. 18.

31. L. A. Sánchez: *El Perú: retrato de un país adolescente*, Lima 1973, p. 73.

nozca la existencia de una patria ideológica, o sea participe en la comunidad nacional.

También Luis E. Valcárcel observa la evolución del sentimiento patriótico, cuyo objetivo puede variar, tomando forma de la «patria chica» o una entidad más grande. «Sólo es posible el sentimiento patriótico en cierta fase de coincidencia o unificación social. Ese sentimiento se dirige a realidades físicas, no sólo espirituales. Se ama la tierra que es pan y paisaje, luz y alegría, ternura y dolor. El patriotismo sigue un proceso de desarrollo bien marcado: desde el amor al terruño (la "patria chica") hasta la noble pasión "nacional", son sucesivos grados proporcionales al volumen de pueblo y territorio»³².

Sin embargo, los problemas de la definición del patriotismo o nacionalismo no están vinculados tan sólo con la identificación de su objeto. En los textos publicados en los años veinte abundan los calificativos que reflejan la variedad de interpretaciones del nacionalismo. La oposición principal aparece entre el nacionalismo nuevo y el reaccionario, con que estos dos tipos tienen muchas variedades. Así tendremos por un lado nacionalismo revolucionario, socialista, indigenista; y el burgués, ceremonial, pasadista, demagógico — por el otro, sin olvidar del patriotismo nacional y nacionalismo «patriótico».

Antes de empezar el análisis de cada una de estas interpretaciones, intentaremos de definir la noción misma, sin calificativos, y encontrar la relación entre el nacionalismo y el patriotismo. Para V. A. Belaúnde el nacionalismo quiere decir el trabajo, el dominio de las riquezas propias del país, realizado para cumplir su destino. «Nuestro nacionalismo busca el espacio cultural, por felicidad infinito e inagotable, de conquistas incruentas que importan la realización constante y heroica de nuestro destino. Queremos dominar nuestro territorio y explotar nuestras riquezas para servir a la cultura y a la justicia en el orden interno y en el orden externo»³³.

Muy parecida es, en suma, la opinión de Manuel A. Seoane, según la cual el nacionalismo debe ser orientado hacia el futuro, y se puede definirlo como voluntad colectiva para resolver problemas comunes. «Los esfuerzos de los buenos y auténticos nacionalistas deben orientarse hacia la necesidad de purificar el concepto de patriotismo, librándolo de toda

32. L. E. Valcárcel: *La ruta cultural del Perú*, México 1945, pp. 260-261.

33. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, p. 133.

venda sentimental, proveyéndolo de contenido lógico y fecundante, desatándolo de un pasadismo estático e impulsándolo, mediante la renovación perenne, hacia un porvenir mejor [...] Carecemos de una gran voluntad colectiva, enderezada a resolver nuestros problemas auténticos. Más claramente, carecemos de sentido nacionalista»³⁴.

- J. Ingenieros define el patriotismo como representación de intereses e ideales colectivos, y como trabajo para el bien de todos los ciudadanos. «Sólo es patriota el que ama a sus conciudadanos, los educa, los alienta, los dignifica, los honra; el que lucha por el bienestar de su pueblo»³⁵, y no merece este título una persona que identifica la patria con el negocio. «Cuando los intereses venales se sobreponen al ideal de los espíritus cultos, que constituyen el alma de una nación, el sentimiento nacional degenera y se corrompe: la patria es explotada como una industria»³⁶. El autor subraya el factor de la responsabilidad y la solidaridad nacional, basada en la justicia, como un componente indispensable del sentimiento patriótico.

Otro factor importante es la aspiración y el deseo del progreso de su propio pueblo, de que éste sea capaz de realizar tareas grandes. «El nacionalismo debe ser emulación colectiva para que el propio pueblo ascienda a las virtudes de que dan ejemplo otros mejores [...] El patriotismo nacional surge naturalmente de la afinidad entre los miembros de la nación. No lo impone la obediencia a la misma ley, ni el imperio de la misma autoridad, pues hay Estados que no son nacionalidades y naciones que no son Estados. El sentimiento civil, el civismo, tiene un fondo moral en que se funden anhelos de espíritus y ritmos de corazones [...] Es conjunción de ensueños comunes para emprender grandes cosas y firme decisión de realizarlas»³⁷. Es fácil notar que J. Ingenieros sustituye libremente las nociones de patriotismo y nacionalismo.

- J. C. Mariátegui percibe el nacionalismo como preocupación e interés por la realidad nacional, y la actitud intelectual de la nueva generación en el Perú está orientada, precisamente, al estudio de los problemas del Perú. «La nueva generación quiere ser idealista. Pero, sobre todo, quiere ser realista. Está muy distante por tanto de un nacionalismo declamatorio

34. M. A. Seoane: *Nacionalismo verdadero y Nacionalismo mentiroso*, «Amauta», N° 4, Lima diciembre de 1926, p. 19.

35. J. Ingenieros: *Terruño...*, p. 18.

36. J. Ingenieros: *El hombre...*, p. 192.

37. J. Ingenieros: *Terruño...*, pp. 17-19.

y retórico. Siente y piensa que no basta hablar de peruanidad. Hay que empezar por estudiar y definir la realidad peruana. Y hay que buscar la realidad profunda: no la realidad superficial»³⁸.

Mariátegui califica el nacionalismo tradicional peruano como débil y no auténtico, y atribuye estas faltas al conocimiento exiguo de la realidad nacional. «En estas condiciones el patriotismo se hizo ceremonial, y el nacionalismo resultaba tan débil, que el peruano resultaba un extraño en su propia tierra, o, por lo menos, un desadaptado, un crítico decepcionado que desvalorizaba todo lo nuestro y enaltecía todo lo extranjero»³⁹. En cambio, el nacionalismo auténtico debe orientarse hacia la realidad nacional propia, y hacia el presente y futuro, tomando actitud crítica, en vez de limitarse a elogio desmesurado del pasado. La oposición entre el nacionalismo nuevo y el tradicional que se nutría principalmente en la evocación del pasado colonial, imitación ciega, sin adaptaciones indispensables, de los modelos occidentales, presentada por Mariátegui es convergente con la oposición entre lo que Jorge Basadre llama el nacionalismo-problema y nacionalismo-pasatiempo⁴⁰.

Mariátegui reconoce que aparece en el Perú crítica de los modelos extranjeros de parte de los que se llaman a sí mismos nacionalistas. Sin embargo, es una crítica selectiva, dirigida en realidad no contra el hecho mismo de la imitación, sino contra modelos concretos, y como tal merece calificación de la reacción más bien que el nacionalismo. «Frecuentemente se oyen voces de alerta contra la asimilación de ideas extranjeras. Estas voces denuncian el peligro de que se difunda en el país una ideología inadecuada a la realidad nacional. Pero los adversarios de la ideología exótica sólo rechazan las importaciones contrarias al interés conservador [...] Se trata, pues, de una simple actitud reaccionaria, disfrazada de nacionalismo»⁴¹.

En el contexto más vasto, saliendo del límite de lo peruano, el nacionalismo frecuentemente ha servido de bandera levantada por las fuerzas reaccionarias. Mariátegui no niega la existencia del fenómeno de la nación ni tampoco la importancia del sentimiento nacionalista, aunque sostiene que el nacionalismo no puede sustituir ni eliminar la conciencia de la

38. J. C. Mariátegui: *Peruanicemos al Perú*, Lima 1972, p. 56.

39. *Ibidem*, p. 10.

40. J. Basadre: *Perú: Problema y Posibilidad*, Lima 1931, p. 245.

41. J. C. Mariátegui: *Peruanicemos...*, p. 257.

participación en una comunidad más amplia, a saber la universal. «La historia contemporánea nos enseña a cada paso que la nación no es una abstracción, no es un mito; pero que la civilización, la humanidad, tampoco lo son. La evidencia de la realidad nacional no contraria, no confuta la evidencia de la realidad internacional. El nacionalismo aprehende una parte de la realidad; La realidad es mucho más amplia, menos finita [...] En el capítulo actual de la historia tiene el mismo valor del provincialismo, del regionalismo en capítulos pretéritos. Es un regionalismo de nuevo estilo»⁴².

No se puede hacer caso omiso del fenómeno de internacionalismo, que según Mariátegui ya ha venido a ser un hecho histórico, y que no es invento exclusivo de la izquierda. «Hay un internacionalismo socialista y un internacionalismo burgués [...] Cuando se averigua su origen histórico, el internacionalismo resulta una emanación, una consecuencia de la idea liberal. Los intereses capitalistas se desarrollaron independientemente del crecimiento de la nación. La nación, finalmente, no podía ya contenerlos dentro de sus fronteras. El capital se desnacionalizaba; la industria se lanzaba a la conquista de mercados extranjeros; la mercadería no conocía confines y pugnaba por circular libremente a través de todos los países. La burguesía se hizo entonces librecambista. El librecambio, como idea y como práctica, fue un paso hacia el internacionalismo, en el cual el proletariado reconocía ya uno de sus fines, uno de sus ideales»⁴³.

En la realidad peruana el contraste: el nacionalismo reaccionario-el nacionalismo nuevo, se traduce en la oposición entre la evocación de la tradición española o indígena. Para el nacionalismo reaccionario «las raíces de la nacionalidad resultan ser hispánicas y latinas. El Perú, como se lo representa esta gente, no descende del Inkario autóctono; descende del imperio extranjero que le impuso hace cuatro siglos su ley, su confesión y su idioma [...] En oposición a este espíritu, la vanguardia propugna la reconstrucción peruana a base del indio. La nueva generación reivindica nuestro verdadero pasado, nuestra verdadera historia. El pasadismo se contenta, entre nosotros, con los frágiles recuerdos galantes del virreinato»⁴⁴.

42. J. C. Mariátegui: *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, Lima 1950, pp. 64-65.

43. *Ibidem*, pp. 67-68.

44. Mariátegui: *Peruanicemos...*, pp. 73, 75.

El problema del indio, relacionado con las ideas sobre la nacionalidad aparece no sólo en los trabajos de J. C. Mariátegui, aunque éste fue su exponente más famoso, coincidiendo, según L. A. Sánchez, en esta preocupación con V. R. Haya de la Torre⁴⁵. Carlos Manuel Cox, explicando su idea de nacionalismo revolucionario, como uno de sus objetivos también menciona «la felicidad de los indígenas». «Nuestro nacionalismo parejamente a nuestro concepto de justicia es un nacionalismo revolucionario. Intenta la felicidad de esta gran masa explotada de campesinos indígenas y de obreros ciudadanos. Es un nacionalismo más dilatado, que el pequeño y mezquino que se han encargado de propagar los gobernantes de todas las épocas, traficantes siempre de los más caros intereses de los pueblos»⁴⁶.

J. Varallanos indica como objetivo de nacionalismo revolucionario la modificación de la estructura social por acción del Estado, sin hacer ninguna referencia especial al problema del indio, mientras que Jorge A. Núñez también lo pone de relieve como el problema más importante que va a solucionar el nacionalismo revolucionario. «Mientras el nacionalismo de los burgueses, de los pseudo gobernantes, de los capitalistas, reafirma la primacía del problema "patriótico"⁴⁷ (afición que revela toda su mentalidad y concepción de la historia y de la vida), los nacionalistas revolucionarios sostenemos como parte relevante de nuestro programa de acción la ineluctable necesidad de resolver en primer término el problema indígena, conectado visiblemente con el agrario»⁴⁸. Sin embargo, el nacionalismo revolucionario — o nuevo — como quiere el autor, no se preocupa tan sólo por el problema del indio. «Surge un nuevo nacionalismo en los países coloniales. Pero no es el nacionalismo de los imperios, decadente, conservatista, monárquico. Es el na-

45. «J. C. Mariátegui fomentaba un nacionalismo indigenista en el Perú. En eso fue certerio y eficaz. Coincidía con el indigenismo de Haya, quien desde su permanencia en Cuzco, en 1917-19 insistía en la urgencia de constituir nuestra nacionalidad y nuestra cultura sobre la base indígena traduciendo este propósito en una violenta hispanofobia, muy de acuerdo con la de González-Prada, maestro de nuestra generación». L. A. Sánchez: *Testimonio personal. Memorias de un peruano del siglo XX*, Lima 1969, p. 307.

46. C. M. Cox: *Revolución y peruanidad*, «Amauta», N° 8, Lima abril de 1927, p. 25.

47. En este contexto el adjetivo «patriótico» que el autor utiliza en sentido irónico, no sólo tiene connotación bien diferente de la palabra «nacionalismo», sino incluso está usado como oposición a la última. «Patriótico» quiere decir un nacionalismo superficial y artificial, dominguero, limitado a símbolos y privado de contenido. En suma, antítesis del nacionalismo auténtico. Encontramos la misma oposición en el texto de J. Ingenieros, cuando nos habla sobre «sentimiento colectivo de la nacionalidad inconfundible con la mentira patriótica», J. Ingenieros: *El hombre...*, p. 191.

48. A. Núñez: *Nuestro nacionalismo*, «Amauta», N° 9, Lima mayo 1927, p. 8.

cionalismo de los que sufren, de los desheredados, de los explotados, de los dependientes»⁴⁹.

Vemos, pues, que el nacionalismo revolucionario se opone al nacionalismo burgués acusado por sus críticos de ser demagógico, declamatorio y artificial, que no tiene nada que ver con la realidad nacional ni esfuerzos de resolver sus problemas, sino sirve de disfraz cómodo para esconder intereses creados, manipulación y búsqueda de provechos ilimitados. «El enedable nacionalismo de la mayoría sólo sirve de fácil plataforma a los demagogos de la reacción, de cómodo instrumento a los manipuladores de un sentimiento tanto más respetable, cuanto más irracional, al igual que, por el extremo opuesto, los internacionalistas absolutos desvían el descontento popular — que por ser beligerante y activo debe hacerse fecundo — hacia estériles abstracciones declamatorias y huecas que se olvidan con el primer trapiés de la realidad»⁵⁰. Hay que tener cuidado de amor abstracto a la patria, sin comprenderla, visto que tal sentimiento puede convertirse fácilmente en un instrumento en las manos de los políticos sin escrúpulos. «El culto místico de la patria, como abstracción ajena a la realidad social, fue siempre característico de tiranuelos que inmolaron los ciudadanos y deshonraron las naciones»⁵¹.

Otro peligro de este nacionalismo tradicional y manipulado, «la mentira patriótica explotada en todos los países por los mercaderes de militaristas»⁵², es su fácil degeneración en el extremismo chauvinista, y «la manera más baja de amar a la patria es odiar las patrias de otros hombres, como si todas no merecieran engendrar en sus hijos iguales sentimientos»⁵³.

La respuesta de los jóvenes a esta actitud chauvinista es el respeto hacia otras naciones, la idea de la cooperación internacional, especialmente entre los países hermanos de América Latina, hasta llegar a la propagación de «nacionalismo continental» que «anhela hacer del hogar Indoamericano una gran federación de pueblos, para la futura concordia del mundo. No existe contradicción, antagonismo alguno, entre el ideal humano de armonía y el ideal nacional»⁵⁴. Y este programa ya estaba

49. *Ibidem*, p. 8.

50. M. A. Seoane: *op. cit.*, p. 19.

51. J. Ingenieros: *Terraño...*, p. 18.

52. J. Ingenieros: *El hombre...*, p. 191.

53. J. Ingenieros: *Terraño...*, p. 19.

54. C. M. Cox: *op. cit.*, p. 25.

en marcha, pues como observó J. Basadre, «disminuyen rencores y prejuicios contra los vecinos [...] crece, pues, el nacionalismo continental»⁵⁵. La idea de la comunidad latinoamericana no es nueva. Apareció ya en el momento de arranque del continente a la vida independiente, expresada por los mismos Libertadores, y resonaba después, interpretada de varias maneras, en muchos rincones de América Latina: en México (J. Vasconcelos), Uruguayo (J. E. Rodó), Cuba (J. Martí), mencionando sólo algunos de sus exponentes más eminentes. Sin embargo, vale la pena subrayar que por primera vez, acentuada con tanta fuerza y presentada la unidad como valor en sí (aunque iba a facilitar y justificar también la integración de América Latina ampliando así su capacidad de desarrollo), aparece en el Perú.

La actitud nacionalista, por lo general, se intensifica cuando una nación se siente amenazada. Este nacionalismo, que llamaríamos defensivo, es común para los partidarios de nacionalismo nuevo y del tradicional, aunque en este punto también se nota claramente la diferencia de sus posiciones, puesto que indican objetos diferentes como enemigos. Según algunos, hay que defender el Perú de los enemigos externos, es decir otros países, sobre todo fortaleciendo las fuerzas armadas — por ejemplo el ex-presidente J. Pardo habla sobre su «patriotic efforts in behalf of the true perfecting of our military institutions»⁵⁶.

El enemigo tradicional del Perú es Chile, y en la hostilidad hacia este país y la esperanza de reconquistar el territorio perdido se nutre el sentimiento nacionalista peruano. A. Valdelomar en su *Oración a San Martín* se dirige al héroe: «Ruega porque podamos vengar la humillación de nuestra bandera y la invasión de nuestro territorio, ruega porque nuestra sangre alimente la lámpara sagrada en los altares de Tacna, Arica y Tarapacá y porque el Perú su levante de entre sus ruinas! Tú que fuiste el más ardiente enamorado de la Libertad, invoca a nuestro favor a las Grandes Fuerzas Justicieras para que esta generación que te invoca, sepa matar a los tiranos, a los invasores, a los malos hijos de la Patria; a los que negocien con el patrimonio común, a los que traicionen a su bandera, a los que renieguen sus ideales, a los que luchen contra sus convicciones, a los que explotan a los hombres y oprimen a los pueblos»⁵⁷.

55. J. Basadre: *op. cit.*, p. 244.

56. *Peru. Four Years...*, p. 34.

57. A. Valdelomar: *Oración a San Martín*, en: *Lecturas patrióticas*, p. 19.

Sin embargo, el autor mismo divisa otros peligros que amenazan la existencia nacional que un enemigo exterior, a saber «los malos hijos de la patria». J. Varallanos indica otros males internos contra los cuales deben luchar los patriotas, y que son: caciquismo, caudillismo, colonialismo. Y el imperialismo.

El lema de la emancipación nacional del yugo imperialista gozaba de gran popularidad en el Perú de los años veinte, llegando casi a la identificación de las nociones de antiimperialismo con el nacionalismo. «Ese patriotismo, ese nacionalismo, exigen, no sólo la solución justiciera de nuestros problemas interiores y exteriores, por gradación de importancia, sino el cuidado celoso de las fuentes naturales de riqueza, del patrimonio común, que es la tierra y la hacienda fiscal. Mientras ella se encuentre, total o parcialmente, fuera de la soberanía nacional, por convenios o circunstancias modificables, y mientras ese patriotismo y ese nacionalismo no intenten su reivindicación, ellos no pasarán de ser sino unas mentiras más en el vasto repertorio de las falsas ideas circulantes»⁵⁸.

Para J. C. Mariátegui, el nacionalismo antiimperialista coincide con el revolucionario, pues ambos son expresiones de la lucha por libertad, que a su vez da origen a la conciencia nacional. «La idea de la nación [...] es en ciertos períodos históricos la encarnación del espíritu de libertad. En el Occidente europeo, donde la vemos más envejecida, ha sido, en su origen y en su desarrollo, una idea revolucionaria. Ahora tiene este valor en todos los pueblos, que explotados por algún imperialismo extranjero, luchan por su libertad nacional»⁵⁹.

El antiimperialismo no supone odio hacia ninguna nación, tampoco al pueblo norteamericano, sino defensa contra la opresión imperialista, y sobre todo la «plutocracia yanqui», así como el nacionalismo, «el verdadero nacionalismo, que es preocupación honrada por lo propio y que no implica odio a todo lo extraño, sino adhesión cooperadora a un gran fin internacional»⁶⁰, no supone el chauvinismo.

Pero, ¿qué es lo propio? ¿Cuál es el rasgo característico y definitivo de la identidad peruana? ¿Qué significa la «peruanidad»? Intentaremos indicar, sin discutir a fondo lo que sobrepasaría el marco estrecho del texto presente, algunas opiniones sobre el problema.

58. M. A. Seoane: *op. cit.*, p. 19.

59. J. C. Mariátegui: *Peruanicemos...*, p. 75.

60. M. A. Seoane: *op. cit.*, p. 19.

V. A. Belaúnde define la peruanidad «como el conjunto de elementos o caracteres que hacen del Perú una Nación, una Patria, un Estado»⁶¹. Según E. Romero, «por peruanidad se quiere entender no simplemente lo existente o nacido en el Perú, sino lo profundamente peruano, lo que tiene raíz en nuestra historia, en nuestro pueblo»⁶². En la formación de la personalidad peruana contribuyeron las condiciones geográficas específicas que determinaron el curso del proceso histórico. «Y la geografía ha creado un estilo de vida, un sistema de trabajo, que ha modelado a la población peruana. Y de esa población y de su proceso histórico, ha surgido algo que es típico, lo peruano. Y ha nacido una corriente de ideas: la peruanidad»⁶³.

Según el mismo autor, la peruanidad está constituida por todos los elementos que intervinieron durante la historia del Perú. «Peruanidad se entiende como equilibrio armonioso resultante de la asimilación de las culturas incaica y española, cuya síntesis nos da la conciencia de lo que somos. En muchos sectores del Perú, pesa más lo español. En otros la balanza se inclina a lo incaico. Todavía no es en ellos historia depurada y asimilada, nuestro pasado»⁶⁴. La peruanidad oscila entre dos extremos: uno representado por Lima y otro por la meseta de Titicaca hallándose entre estos dos confines la peruanidad más completa y equilibrada de Cuzco y Arequipa.

En este momento llegamos al tema de las discusiones más ardientes, a saber, cual es la tradición cultural que determinó la personalidad peruana. En esta discusión destacan tres posiciones principales: la llamada peninsularista o hispanista exclusiva; la autoctonista o indigenista; y la que supone la síntesis de ambos elementos.

V. A. Belaúnde propone otra interpretación de esta clasificación. «Contemplando el problema indígena en su doble aspecto económico y nacional, cabe decir, sintetizando, que pueden reducirse a tres los puntos de vista y las soluciones: la tesis imperialista, la antítesis indigenista y lo que podríamos llamar la síntesis verdaderamente nacional de la tradición histórica. Para la teoría imperialista, el indígena constituye la infraestructura del organismo nacional [...] Frente a la tesis imperialista, que excluye del alma de la nacionalidad al indígena, aparece la tesis indigenista

61. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, p. 7.

62. E. Romero: *op. cit.*, p. 11.

63. *Ibidem*, p. 48.

64. *Ibidem*, p. 86.

radical, o sea la antítesis: el indio es el país [...] La tesis imperialista tiene una inspiración económica; la tesis indigenista, una finalidad demagógica y política. La síntesis cristiana surgió sin representar intereses o pasiones»⁶⁵. Belaúnde rechaza las dos primeras posiciones, también como las que coinciden en una afirmación racista, y la indigenista como anacrónica además, lo que no significa su aceptación incondicional de la última, puesto que dentro de ella distingue dos opciones diferentes: «la fusionista que ve en la nacionalidad y en la cultura peruana la yuxtaposición y, en ciertos casos, la fusión de las culturas primitivas con los principios e instituciones de la cultura occidental; (y) la posición de la peruanidad integral, mantenida por síntesis viviente o sea la asunción hecha por los elementos biológicos, telúricos y culturales existentes en el Perú al tiempo de la conquista»⁶⁶.

Otros autores, evitando matices de la «fusión» o la «yuxtaposición», simplemente definen la peruanidad como síntesis del elemento indígena y el español. Veamos algunas de estas voces. J. de la Riva Agüero declara breve y firmemente: «para mí y los que como yo piensan, la peruanidad consiste en el legítimo cruzamiento de lo español con lo indígena»⁶⁷. E. Romero reconoce la importancia de la herencia indígena que complementa la española. «La vibración vital de nuestro ser es española, pero tenemos el patrimonio espiritual indígena inalienable e imprescriptible. Por este último, tenemos hondas raíces en el pasado; pero, por las palpitaciones hispánicas, somos presente vivo y fecundo»⁶⁸. J. Varallanos exponiendo la importancia de la tradición dice: «sin esta tradición que es la base del alma nacional, desaparecería el Perú como entidad espiritual. El carácter de ella, ya dijimos, debe sintetizar predominantemente lo indio y lo español, luego lo occidental; mejor, lo cholo, el espíritu de América»⁶⁹.

Para algunos autores precisamente el producto de cruzamiento de las dos culturas, se llame cholo, se llame mestizo o se llame nuevo indio, constituye personificación de lo peruano y esperanza del Perú. Así aparece la imagen de la chola presentada por J. Uriel García — símbolo del nuevo

65. V. A. Belaúnde: *La realidad nacional*, Lima 1945, pp. 41-42.

66. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, p. 82.

67. J. de la Riva Agüero: *op. cit.*, t. II, p. 19.

68. E. Romero: *op. cit.*, p. 167.

69. J. Varallanos: *op. cit.*, p. 219.

Perú: «La chola es la que engendra el alma del pueblo, de ese pueblo fusionado en unidad y simplicidad entre el indio y el criollo [...] Mientras la india tradicional, madre de la chola, conserva su pureza primitiva, su alma reacia y nómada, en constante fuga del tiempo, la chola — siendo también entraña cavernaria de la nacionalidad reciente — es la fuerza orgánica rejuvenecida que avanza sin miedo hacia la ciudad y hacia el presente [...] Por eso, cuando la india se transforma en chola, o lo que es lo mismo se amestiza, recupera su energía espiritual para el comienzo de otra vida y de otro destino que se remozan en sus entrañas»⁷⁰.

Es interesante observar que para J. Uriel García el elemento que interviene, al lado del indígena, en la síntesis que da origen a la cultura peruana — que el interpreta como neoindia — es no español sino criollo. Esta opinión aparece también en otro texto del mismo autor: «Todas las formas de la cultura neoindia — artística, ideológica y aún material — que recibieron el influjo del espíritu autóctono tienen que ser tomadas como americanas, puesto que en los nuevos vastagos — ampliando lo puramente fisiológico — la mitad es de sangre indígena y de la otra mitad hay que considerar aquella parte del conquistador que cobró nuevos valores en el medio americano»⁷¹.

En este momento es indispensable hacer una advertencia: mientras que para J. Uriel García «lo criollo» quiere decir «lo americano», en muchos textos el mismo concepto equivale al elemento blanco, representante de la cultura occidental, antítesis de lo indígena. Lo criollo surgió de la conquista que introduciendo elementos extraños en el suelo americano, desvió la evolución natural de la sociedad indígena. A los criollos los acusa J. C. Mariátegui de usurpadores que deformaban la tradición nacional limitándola a la española. «Para nuestros tradicionalistas, la tradición en el Perú es, fundamentalmente, colonial y limeña. Su conservatismo pretende imponernos, así, una tradición más bien española que nacional. Mientras ha dominado en el país la mentalidad colonialista, hemos sido un pueblo que se reconocía surgido de la Conquista. La conciencia nacional criolla obedecía indolentemente al prejuicio de la filiación española. La historia del Perú empezaba con la empresa de Pizarro, fundador de Lima. El Imperio Incaico no era sentido sino como prehistoria. Lo autóctono estaba fuera de nuestra historia y, por ende,

70. J. Uriel García: *op. cit.*, pp. 207-208.

71. J. Uriel García: *El nuevo indio*, «Amauta», N° 8, Lima abril de 1927, p. 19.

fuera de nuestra tradición. Este tradicionalismo empequeñecía a la nación reduciéndola a la población criolla o mestiza»⁷².

Sin embargo, en la tercera década del siglo XX se puede observar el cambio de actitud también de los apologetas de la peruanidad fundada en la base española. V. A. Belaúnde, cuya opinión sobre la peruanidad como síntesis de los elementos indígena y español ya he citado, reconoce la reivindicación indígena de los derechos a la conciencia nacional peruana. «Los temas simplemente costeños y criollos van a ser completados por los temas andinos. Cuzco, Cajamarca, Arequipa, Trujillo perfilan su personalidad intelectual. Por la variedad y riqueza de matices, por el incremento de número de trabajadores con gente moza de todas las regiones, hay la esperanza de que lleguemos a la fórmula de la peruanidad»⁷³. En otro lugar, el mismo autor constata: «Existe pues entre el Perú actual y el Incario el elemento de la comunidad geográfica y, en gran parte, el elemento de la continuidad biológica [...] La Conquista representó una transformación biológica de la población peruana, por obra del mestizaje y una transformación cultural por el aporte de factores espirituales que han modelado no solamente a la población mestiza, sino a la propia población indígena»⁷⁴. Aunque la conquista aparece aquí como un acontecimiento decisivo en la formación del Perú⁷⁵, Belaúnde menciona también la «continuidad» y la «transformación» que supone la existencia de un elemento básico que podía ser transformado.

Por otro lado, cabe preguntar ¿qué posición dentro de la nación se permite ocupar a los indígenas? ¿A qué nivel pueden aspirar? Y encontramos la respuesta inmediata: la de un complemento. «La peruanidad existe. Debe enriquecerse y debe ampliarse, pero no cabe modificarla radicalmente. Su espíritu es occidental, moderno, cristiano, y, si se quiere, latino o hispanoamericano»⁷⁶.

Otros autores comparten esta idea sobre el papel preponderante de la influencia española en el proceso de la formación nacional del Perú.

72. J. C. Matiátegui: *Peruanicemos...*, p. 121.

73. V. A. Belaúnde: *La realidad...*, p. 201.

74. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, p. 14.

75. Y de otros países americanos. «Antes de la Conquista hubo en nuestro continente tribus, clanes, ayllus, cacicazgos, behetrías, señoríos, confederaciones y un gran imperio; pero sólo por la Conquista, y bajo el influjo de los nuevos factores espirituales se van modelando diversas almas nacionales y nacen nuevas patrias». V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, p. 35.

76. V. A. Belaúnde: *La realidad...*, p. 202.

«Se ha creado la palabra peruanidad. [...] Entendemos hoy por peruanidad el espíritu, pródigo en elocuentes señales, que a través de nuestra Historia, después de la Conquista española ha formado una nacionalidad en su último y decisivo estadio de plasmación. Unánime consenso fija los dos factores del espíritu y cuerpo del Perú: la raza indígena y sus culturas y la raza española y su civilización. Con acierto ha dicho Riva Agüero que hemos de cumplir nuestro deber filial honrando a las dos "igualmente peruanas, esenciales e indestructibles". Pero el auténtico Perú no se concibe lógicamente sin predominio de la cultura cristiana y española»⁷⁷. «No se vive, ni se ha de vivir en el ambiente histórico de las viejas culturas indígenas, por mucho que esas culturas admirables constituyan el orgullo de un pueblo que, mediante la memoria de su pasado, adquiere personalidad histórica y plena fe en su porvenir, conciencia y confianza en su destino. Y si se anhela que el Perú se modernice, si se ha de peruanizar al Perú, tal proceso implica la occidentalización, la europeización del Perú, de su actual estado social [...] Con el quechua y del quechua no se ha de extraer sino la tosca y fecunda materia prima de nuestra alma hispanoamericana que hablará y pensará siempre mejor en el idioma de Cervantes»⁷⁸.

Aunque J. de la Riva Agüero declara que «la nacionalidad peruana no estará definitivamente constituida mientras en la conciencia pública y en las costumbres no se imponga la imprescindible solidaridad y confraternidad entre los blancos y mestizos y los indios», afirma también: «Físicamente muchos de nosotros y espiritualmente todos descendemos de la civilización europea, romana y mediterránea que España nos trajo. El catolicismo consubstancial a la cultura española fue el que nos modeló hasta en lo más íntimo»⁷⁹.

Todas estas opiniones exaltan unánimamente un elemento: el catolicismo, la cultura cristiana, como el cimiento de la nacionalidad peruana. Frecuentemente, la religión católica no sólo sirve de uno de los atributos de la peruanidad, sino pasa a ser su rasgo principal. «Nosotros los hispanoamericanos tenemos para con la Iglesia Católica deudas filiales especialísimas [...] El Catolicismo animó y forjó a nuestra materna civilización

77. P. M. Benvenuto Murrieta: *Alalinas ideas sobre la peruanidad*, Lima 1945, p. 10.

78. A. Solís: *La cuestión del quechua*, «Amauta», N° 29, Lima febrero-marzo 1930, pp. 32, 35.

79. J. de la Riva Agüero: *op. cit.*, t. I, p. 10, t. II, p. 130.

española»⁸⁰. Desde el punto de vista tanto moral como cultural resulta ser elemento de cohesión de la nación peruana. «La afirmación y acentuación del cristianismo católico, al mismo tiempo que presenta la base moral de la constitucionalidad, es el lazo de la solidaridad racial [...] El catolicismo está en las raíces y en la cumbre de nuestra nacionalidad. El envuelve y mantiene nuestra alma colectiva»⁸¹.

Así pues, según las opiniones citadas, lo indígena cabe dentro de lo peruano, aunque en términos de la asimilación de los aborígenes a la civilización occidental. Lo peruano nace en el momento de «descubrir» lo indígena para la civilización occidental, de incluirlo en la órbita de la cultura cristiana. Los «hispanistas» no niegan el hecho de la descendencia indígena, sino, a diferencia de los indigenistas, acentúan la importancia del otro elemento que intervino en la «fusión» — el español, y acusan a sus opositores de desestimarlos. «Mientras que nosotros consideramos el indigenismo como un paso a algo superior, la peruanidad integral, Mariátegui considera el indigenismo como un valor último y supremo»⁸².

La posición de J. C. Mariátegui está claramente expuesta en su famosa frase: «La nueva generación peruana siente y sabe que el progreso del Perú será ficticio o por lo menos no será peruano mientras no constituya la obra y no signifique el bienestar de la masa peruana que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina»⁸³. De la manera aún más breve expresa la misma opinión L. E. Valcárcel: «el Perú esencial, el Perú invariable no fue, no pudo ser nunca sino indio»⁸⁴. Sólo el regreso al origen indígena y no apego incondicional a las tradiciones de la Colonia, permitirá la renovación peruana. «La redención, la salvación del indio, he ahí el programa y la meta de la renovación peruana. Los hombres nuevos quieren que el Perú repose sobre sus naturales cimientos biológicos. Sienten el deber de crear un orden más peruano, mas autóctono. Y los enemigos históricos y lógicos de este programa son los herederos de la Conquista, los descendientes de la Colonia»⁸⁵. Esta renovación permitirá lograr la nueva peruanidad. «La nueva peruanidad es una cosa por crear. Su cimiento histórico tiene que ser indígena.

80. *Ibidem*, t. II, p. 114.

81. V. A. Belaúnde: *La realidad...*, p. 293.

82. *Ibidem*, p. 202.

83. J. c. Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Barcelona 1976, pp. 39-40.

84. L. E. Valcárcel: *Tempestad en los Andes*, Lima 1972, p. 112.

85. J. c. Mariátegui: *Siete ensayos...*, p. 176.

Su eje descansará quizá en la piedra andina, mejor que en la arcilla costeña»⁸⁶.

Una de las reivindicaciones de los indigenistas son derechos iguales para la cultura indígena, su participación indiscriminada en la cultura nacional, reconocimiento de la descendencia indígena de los peruanos. «Mas ya sabemos definitivamente, en cuanto al Perú, que este concepto no se creará sin el indio. El pasado incaico ha entrado en nuestra historia reivindicando no por los tradicionalistas sino por los revolucionarios. Y esto no tiene nada de insólito, y ni siquiera nacional no como un utópico ideal de restauración romántica, sino como una reintegración espiritual de la historia y la patria peruanas»⁸⁷.

Lo indio está presente en el Perú por más que quisieran borrar las huellas de la tradición aborígen los «hispanistas». Y precisamente lo indio, presente en cada rincón del continente, sea en forma de la población indígena, sea en forma de la tradición cultural sobreviviente, que influye las sociedades latinoamericanas contemporáneas, a veces sin que éstas se den cuenta de esta influencia y a pesar de que sean predominantemente blancas o negras, define al Perú y a toda América, es el factor común que le da su nota característica, determina su identidad en comparación con otros países. De aquí el nombre de Indoamérica con que los apristas pretendían rebautizar el continente. «Por todo eso que ya anuncia el espíritu de lo que nuestra Patria Grande ha de ser, "Indoamérica" es un nombre de reivindicación integral, de afirmación emancipadora, de definición nacional [...] ¡No nos avergoncemos, pues, de llamarnos indoamericanos! Reconozcamos que en el corazón de nuestro continente, como en el corazón de cada uno de sus habitantes, está el Indio y ha de influir en nosotros aunque se perdiera en la epidermis y el sol se negara a retostarla [...] el indio está impreso en nosotros hasta en la entonación con que hablamos nuestro idioma»⁸⁸. No se trata de una separación completa del mundo moderno, pero de base va a servir siempre la tradición aborígen. «Seremos tanto más peruanos cuanto mejor sepamos dirigir la incorporación de la cultura moderna al mundo en que viven nuestros compatriotas representativos de la antigua patria. Así será

86. *Ibidem*, p. 207.

87. J. C. Mariátegui: *Peruanicemos...*, pp. 121-122.

88. V. R. Haya do la Torre: *Indoamérica*, pp. 45-47.

integrado el Perú en el presente y en su proyección luminosa hacia el futuro»⁸⁹.

Se justifica tal proyecto por el peso preponderante atribuido a la cultura indígena en el proceso de la formación de la nación peruana. «El Perú de hoy no sólo heredaba el territorio y el elemento humano biológico, como tan despreciosamente alguien sostiene, sino el "íntegrum" de un complejo cultural, que es la suma de las experiencias del hombre en muchos siglos de convivir civilizado en este mismo territorio del Perú. La compenetración de hombre y tierra a través de millares de años ha creado la personalidad inconfundible del Perú. Si el pueblo indígena, desesperado, roto y vencido, se dejara morir cual bestia enferma, Perú sería hoy patria "nueva", sin historia, sin personalidad, réplica infeliz de cualquier Europa decadente. Perú no comienza cuando el europeo lo descubre [...] Perú, como México, como Egipto, como India, como China, se desdibuja en la lejanía de los milenios iniciales, para ir acentuando su perfil a lo largo de su venerable pasado, hasta llegar a nuestro tiempo»⁹⁰.

Luis E. Valcárcel en la cita presente pone de relieve la influencia telúrica del suelo americano que contribuyó a formar al indígena, y por consiguiente al peruano. En realidad, la exaltación indigenista a menudo desembocaba en «serranismo» o «andinismo». La Sierra — «el Perú esencial» según L. E. Valcárcel, o «cuna de peruanidad» según T. Pereyra Díaz — «como territorio tiene un formidable poder incentivo para el incremento espiritual, en todos sus aspectos. Es el núcleo donde América palpita con su mayor originalidad [...] Y porque la sierra es una sujeción cordial para todos los hombres de América, es la región más india de América india. E indios nos tornamos todos los que extendemos la mirada hacia el mundo desde sus eminencias. Y no solo porque en la sierra habitan más indios [...] Es un territorio degarrado geográfica y moralmente. Esta es la riqueza espiritual serrana, su heterogeneidad y su oposición. Ni como exigir unidad entre estas almas elementales de la sierra bárbara, de esa barbarie juvenil, creadora de la nacionalidad»⁹¹.

De los Andes, la inagotable fuente de vitalidad, brota la esperanza del Perú. «El andinismo es la promesa de la moralidad colectiva y personal,

89. L. E. Valcárcel: *La ruta...* p. 275.

90. *Ibidem*, pp. 272-273.

91. J. Uriel García: *op. cit.*, pp. 8, 25.

la poderosa, la omnipotente reacción contra la podredumbre de todos los vicios que van perdiendo a nuestro país. [...] Andinismo es agrarismo: es retorno de los hijos pródigos al trabajo honesto y bendito bajo el gran cielo; es la purificación por el contacto con la tierra que labraron con sus manos nuestros viejos abuelos los Incas»⁹². Los Andes, por haber determinado las características del territorio peruano y haber contribuido a la formación del hombre peruano, son «las creadoras de nuestra múltiple realidad: histórica, económica, biológica, y sin duda climática. Su existencia es la razón de ser de América y, por ende, de nuestra Patria. Es la espina dorsal de nuestra nacionalidad, es el monumento vivo de la peruanidad, de nuestra singularidad del pueblo»⁹³.

Pero lo indígena no sólo es cuestión de la tradición y la identidad cultural del Perú. De las discusiones sobre su contribución al origen de lo peruano hay que pasar al indio contemporáneo. «Y el problema de los indios es el problema de cuatro millones de peruanos. Es el problema de las tres cuartas partes de la población del Perú. Es el problema de la mayoría. Es el problema de la nacionalidad»⁹⁴. Por eso, «en el Perú los que representan o interpretan la peruanidad son quienes, concibiéndola como una afirmación y no como una negación, trabajan por dar de nuevo una patria a los que, conquistados y sometidos por los españoles, la perdieron hace cuatro siglos y no la han recuperado todavía»⁹⁵.

El problema no se limita a la cuestión sentimental, ni se trata tan sólo de hacer justicia, «hacer votos por el mejoramiento del Indio, el que se puede obtener solamente dándole las garantías a las que tiene derecho como ciudadano peruano y suprimiendo los abusos y vejámenes de los que ha sido siempre víctima»⁹⁶. La posición de los indios en la sociedad, al constituir éstos la mayoría nacional, tiene que repercutir fuertemente en la economía nacional. «Una política realmente nacional no puede prescindir del indio, no puede ignorar al indio. El indio es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación. La opresión enemista al indio con la civilidad. Lo anula, prácticamente, como elemento de progreso. Los que empobrecen y deprimen al indio, empobrecen y deprimen a la nación. Explotado, befo, embrutecido, no puede el indio ser un

92. L. E. Valcárcel: *Tempestad...*, pp. 104-105.

93. J. Varallanos: *op. cit.*, p. 211.

94. J. C. Mariátegui: *Peruanicemos...*, p. 30.

95. *Ibidem*, p. 76.

96. *Conferencia Económica del Sur*, Arequipa 1932, p. 29.

creador de riqueza. Desvalorizarlo, despreciarlo como hombre equivale a desvalorizarlo, despreciarlo como productor. Sólo cuando el indio obtenga para sí el rendimiento de su trabajo, adquirirá la calidad de consumidor y productor que la economía de la nación moderna necesita en todos los individuos. Cuando se hable de la peruanidad, habría que empezar por investigar si esta peruanidad comprende al indio. Sin el indio no hay peruanidad posible»⁹⁷. El indio es principal productor en el Perú. Como estima Hildebrando Castro Pozo «el ejército, excepto un 50% de la oficialidad, está constituido sólo por indios, y la gran mayoría de los braceros y yanaconas costeños, así como el proletariado serrano sólo también son indígenas. Es decir que toda la base económico-política de la República la constituye el indio»⁹⁸. Es también potencial consumidor, y «toda la producción industrial no puede ser absorbida por tan corta minoría y ofrécese el peligro de la frustración de los vastos planes de desarrollo si no atendemos de toda preferencia a convertir en consumidores el íntegro de nuestra población, es decir, si no habilitamos como tales a los cinco millones de hombres que integran el pueblo indio»⁹⁹. En la novela de H. Castro Pozo titulada *Renuevo de peruanidad*, en una reunión de trabajadores, aparece un indio — representante de su comunidad para presentar ante el gobierno la queja contra los gamonales culpables de asesinatos, despojos, incendios y demás exacciones cometidas para apoderarse de las tierras comunales. La escena termina con el mensaje: «Preparaos, proletarios manufactureros de la Costa, para coadyuvar en la redención de nuestros hermanos de la Sierra»¹⁰⁰. Así, el indio y el obrero tienen tarea común — reivindicar su posición dentro del marco de la peruanidad. El indio merece el título de peruano no sólo por su fuerza tradicional y cultural, con que ha contribuido a la formación nacional, sino también la económica y social, pues «forma parte de una clase predominante, de la clase trabajadora»¹⁰¹, y «el Perú verdadero, el Perú auténtico es el Perú de los que sufren y de los que trabajan»¹⁰². Del indio-productor, y de las masas de trabajadores que generan la riqueza del país. «La nación peruana no la constituyen los explotadores,

97. J. C. Mariategui: *Peruanicemos...*, p. 30.

98. H. Castro Pozo: *Renuevo de peruanidad*, s.I., s.f., p. 23.

99. L. E. Valcárcel: *La ruta...*, p. 235.

100. J. Castro Pozo: *op. cit.*, p. 91.

101. V. R. Haya de la Torre: *Indoamérica*, p. 69.

102. V. R. Haya de la Torre: *Nuestro frente intelectual*, «Armata», N° 4, Lima diciembre de 1926, p. 4.

los parásitos. Forman la peruanidad el indio, el obrero, el campesino, el trabajador manual e intelectual»¹⁰³.

Entre muchos contrastes peruanos, como por ejemplo, hispano-indígena, occidental-americano, urbano-rural, Costa-Sierra, aparece también el binomio Lima-provincias. Después de largo período de predominio indiscutible de Lima en el campo cultural, económico, político, empieza la reorientación de relaciones entre estos dos polos. «La historia del Perú en los últimos tiempos quizá no es sino la subversión de las provincias contra Lima, por primera vez. O Lima concede y otorga o sobrevienen males que no serán ya los que pasivamente soportaron las provincias sino los que de la rebeldía de ellas emanaren»¹⁰⁴. A las provincias ya no les satisface su estatus de una periferie, de un complemento de Lima, sino reclaman derecho de su participación indiscriminada en la peruanidad, en la americanidad. «El regionalismo serrano más que una reacción de "políticos" resentidos y en desgracia es y tiene que ser siempre un estado de alma beligerante, cargado de nobles idealidades para alcanzar la nacionalidad»¹⁰⁵. Y no se debe identificar la «rebeldía de las provincias» con la tradición de los movimientos antcentralistas o federalistas en el Perú. Surge «un nuevo regionalismo. Este regionalismo no es una mera protesta contra el régimen centralista. Es una expresión de la conciencia serrana y del sentimiento andino. Los nuevos regionalistas son, ante todo, indigenistas»¹⁰⁶.

Es pues Perú un país de contrastes, «un país heterogéneo y heterodoxo. Ningún clima lo sorprende; ningún ciclo le resulta ignorado; ningún mar desconocido. Por la paleta de un pintor peruano desfilan los matices de la naturaleza. Por el fichero de sociólogo peruano, todas las formas de la organización social. Por los juicios de sus historiadores, todas las etapas del devenir humano: todas al mismo tiempo»¹⁰⁷. Y precisamente la existencia de estos contrastes, de naturaleza, de organización socio-económica, de cultura, constituye su rasgo individual y puede dar al Perú su carácter, su identidad, distinguiéndolo de otros países, y también por haber contribuido a la particularidad de la formación de este país y de esta nación. «Contrastes tan violentos tienen que ejercer alguna

103. J. A. Núñez: *op. cit.*, p. 8.

104. J. Basadre: *op. cit.*, p. 223.

105. J. Uriel García: *op. cit.*, p. 127.

106. J. C. Mariátegui: *Siete ensayos...*, p. 176.

107. L. A. Sánchez: *El Perú...*, p. 47.

influencia sobre el modo de ser del hombre, y su conocimiento es indispensable para un estudio de lo peruano y de lo que es la peruanidad»¹⁰⁸.

Pero esta heterogeneidad no sólo es la estampa identificadora del Perú, sino también su esperanza. «Múltiple y complejo país. Por eso es germen de gran nación. Perú: voz que significa unión de tres regiones geográficas, razas, tradiciones e idiomas diversos. País opulento y soñado. Siempre con rango en la historia universal, en el ritmo y panorama del mundo»¹⁰⁹. Los extremos de la dualidad, o mejor dicho de una serie de dualidades del Perú, no se excluyen haciendo imposible la unidad sin destrucción completa de uno de ellos, sino deben completarse, enriqueciendo de esta manera el espíritu nacional. «La unificación espiritual del Perú se conseguirá no dando muerte a esos valiosos impulsos de cada zona histórica, sino más bien incrementándolos y dándoles más autonomía. La "aldea", la "provincia" y la "ciudad", como la sierra, la costa o la montaña, cada cual que cumpla su papel, como así lo mandan los Andes formidables»¹¹⁰.

A medida en que viene a ser común la opinión sobre el Perú como un país diferente de otros, con su propia personalidad marcada, se intensifica la búsqueda de soluciones originales de sus problemas, que también aparecen específicos, sin recurrir a modelos inadecuados, sobre todo europeos. Por ejemplo, la lucha por emancipación de las masas trabajadoras es el problema social mundial. En el Perú, por ser indios la mayoría de los trabajadores, el mismo problema toma forma muy especial, fisonomía propia. «El problema de América Latina se presenta único, típico. [...] Precisa, pues, buscar y descubrir la realidad de América; no inventarla. El fracaso de dos importaciones europeas: la conquista y la República nos dan la gran lección de buscarnos a nosotros mismos»¹¹¹.

La emancipación de tutelaje europeo fue el lema preferido del APRA que propuso «una filosofía de emancipación integral cuyas ideas informan la trayectoria de nuestro movimiento, destinado a promover la independencia de los pueblos indoamericanos por obra de ellos mismos: inde-

108. E. Romero: *op. cit.*, p. 49.

109. J. Varalianos: *op. cit.*, p. 227.

110. J. Uriel García: *op. cit.*, p. 127.

111. V. R. Haya de la Torre: *El problema histórico de nuestra América*, «Amauta», N° 12, Lima febrero de 1928, p. 23.

pendencia económica, social y política, pero esencialmente cultural»¹¹². El «colonialismo mental» hizo que «se negaba valor y esperanza a todo lo peruano. Todo parecía inferior o copiado. Una consecuencia de este sentimiento derrotista hizo nacer una admiración sin control a todo lo que llegaba de fuera [...] Pero el efecto más deplorable fue que hizo despremiar a todo lo auténticamente peruano. Se llamaba «huachafo», «serrano», «cholo» con desdén no solamente al hombre o mujer de la clase media sin fortuna, sino también a todo lo que era era producto popular, como la pintura, la poesía, la marinera, y el vals»¹¹³. En situación de desprecio común de todo lo genuinamente peruano, la defensa de la peruanidad contra el avasallamiento europeo es la tarea inmediata.

No obstante, la defensa contra lo extranjero no significa aislamiento completo del mundo. «Defendemos nuestra cultura Ibero-indo-americana. Resguardamos nuestro patrimonio y con el nuestra lengua y nuestra religión [...] Esto no quiere decir que nos enquistemos, que cerremos nuestras puertas a todo lo extraño. Nada más erróneo y perjudicial. Estemos abiertos a todas las corrientes que dejen sedimento benéfico. Asimilamos lo bueno y útil esté donde esté. Marchamos al compás de la civilización y al son del progreso. Pero siempre y cuando no perdamos nuestra propia personalidad nuestra peculiar fisonomía. Mientras estas influencias no nos disgreguen, nos diluyan o nos hagan ignorarnos a nosotros mismos. Mientras no siembre la confusión y la discordia. Mientras no nos reporte la pérdida de nuestra íntima unidad, esencial y necesaria»¹¹⁴.

Hay que aprovechar de las experiencias extranjeras, pero esto no quiere decir aplicarlas todas y sin adaptación indispensable en el suelo peruano. Y en el Perú siempre se imitaba en vez de adaptar. «En el proceso de la instrucción pública, como en otros aspectos de nuestra vida, se constata la superposición de elementos extranjeros combinados, insuficientemente aclimatados. El problema está en las raíces mismas de este Perú hijo de la conquista. No somos un pueblo que asimila las ideas y los hombres de otras naciones, impregnándolas de su sentimiento y su ambiente, y que de esta suerte enriquece, sin deformarlo, su espíritu nacional»¹¹⁵.

112. V. R. Haya de la Torre: *30 años...*, p. 34.

113. E. Romero: *op. cit.*, p. 155.

114. C. Fernández Sessarego: *Peruanidad y cultura*, San José 1945, pp. 58-59.

115. J. C. Mariátegui: *Siete ensayos...*, p. 87.

El Perú sí, debe participar en la cultura universal, pero no a través de la imitación sino de aportación de sus valores originales.

El camino de la peruanidad a la universalidad lleva siempre por la americanidad. Ya en algunos de los textos citados se observa la identificación de los conceptos de lo peruano y lo americano, justificada por la comunidad de las experiencias históricas y por la presencia en el Perú y en toda América del mismo elemento que no aparece en otros países. Para algunos este elemento será el indígena. «Ultimamente, indigenismo se ha tomado en un sentido más amplio, equivalente a americanismo, abarcando todo lo relativo a América, como la realidad geográfica y social, elementos para forjar una cultura original, americana [...] En el Perú, indigenismos, sin oposición a su sentido amplio ya expuesto, sino más bien, dentro de ese sentido amplio, de americanismo, significa peruanismo. Indigenismo peruano es, por tanto, americanismo con sus peculiaridades peruanas»¹¹⁶. Para otros — el mestizo. «El alma mestiza es, pues, pese al descrédito del término, el comienzo del americano total; es una personalidad en germen y no una aleación físico-química descomponible en átomos o en dos mitades, la una europea y la otra india»¹¹⁷. Al fin, hay los que subrayan la unidad de alma, lengua y religión heredada de España. Riva Agüero en vez de americanismo que podría ser comprendido como antiespañolismo, propone «este integral y consciente hispanoamericanismo, que es el nuestro y debe ser la substancia común de todos los patriotismos en la América española, y en especial la entraña animadora del Perú»¹¹⁸. En el último caso, la trayectoria de la elevación de lo peruano a nivel cada vez más universal, es un poco diferente. «Nuestra personalidad nacional dentro del marco universal se basa en las vinculaciones concéntricas de americanidad, hispanidad y latinidad»¹¹⁹.

No obstante las diferencias de puntos de vista en cuanto a la esencia y el origen de la americanidad, hay que fortalecer aún más el patriotismo continental. «Sintámonos hijos de la Gran Patria Indoamericana imponiéndonos la tarea estupenda de unirla y hacerla fuerte [...] Hay que enseñar a nuestros muchachos, muy a fondo, la historia de los veinte Estados hermanos integrantes de nuestra gran nación. Y hay que llevar

116. Fr. Ponce de León: *Al servicio de los Aborígenes Peruanos*, Cuzco 1946, p. 75.

117. J. Uriel García: *op. cit.*, pp. 123-124.

118. J. de la Riva Agüero: *op. cit.*, t. II, p. 43.

119. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, p. 140.

a los Partidos profundo y tenaz sentido indoamericanista. Una política nacional sin un espíritu continental no será nunca política indoamericana ni verdaderamente patriótica»¹²⁰. El sentimiento nacionalista no puede limitarse a un solo país, lo que sería sin sentido dada la consanguinidad de las repúblicas americanas, e inclusive perjudicial por no aprovechar la oportunidad de reunir potencialidad de éstas con el fin de la realización de tareas comunes, sino expandirse abarcando todo el continente. «No hay que olvidar que dentro del espíritu de América, lo nacional, restrictivo y negativo, de cada país no cabe; lo nacional es lo americano»¹²¹.

El Perú hispano, el Perú indígena, el Perú de los trabajadores, el Perú occidental, serrano, cristiano, americano, heterogéneo, son varios aspectos, mencionando sólo algunos, de la peruanidad, de la nueva peruanidad, la peruanidad integral, viviente o auténtica. La cantidad de las opiniones refleja la intensidad de la búsqueda de soluciones para hacer del Perú un país definido y plenamente formado. Excepto la opinión de V. A. Belaúnde, más bien aislada, según la cual la unidad peruana existe, sólo hace falta perfeccionarla¹²², parece común la convicción que la integración nacional en el Perú está por hacer. «En el Perú el problema de la unidad es mucho más hondo, porque no hay aquí que resolver una pluralidad de tradiciones locales o regionales sino una dualidad de raza, de lengua y de sentimiento, nacida de la invasión y conquista del Perú autóctono por una raza extranjera que no ha conseguido fusionarse con la raza indígena, ni eliminarla ni absorberla»¹²³.

No tanto se trata de la división visible del Perú, sino más bien del hecho que no hay relaciones justas y equilibradas entre los dos componentes que intervienen en la formación del Perú. «El espíritu hispánico colonial

120. V. R. Haya de la Torre: *Indoamérica*, pp. 90, 99.

121. A. Orrego: *Americanismo y peruanismo*, «Amauta», N° 9, Lima mayo de 1927, p. 6.

122. «Esa comunidad espiritual ha existido, a pesar de nuestra incultura y analfabetismo, de nuestras incoherencias y divisiones, y se ha despertado a veces en forma clara y eficiente. Que esa comunidad une, a pesar de complejos psíquicos a blancos y mestizos, a serranos y costeños, no hay la menor duda, y se puede afirmar también que ella ha ido permeando las capas indígenas. Y no puedo creer que toda la masa indígena carezca del concepto de nacionalidad y que más fácilmente pueda adquirir una conciencia racial retrospectiva que una conciencia nacional. El indio puro, el indio que se ha mantenido absolutamente impermeable, no llevará su sentido colectivo más allá de la comunidad o de su cofradía. La raza, para él, es una remota perspectiva histórica, tiene que ser menos asimilable que el concepto presente de la nación. Por diferentes medios el elemento indígena recibe la atracción tentacular del sentimiento nacional: el cuartel, la misión o la parroquia, la fábrica, la explotación minera, y, si se hubiera seguido una política sabia, la escuela». V. A. Belaúnde: *La realidad...*, pp. 84-85.

123. J. C. Mariátegui: *Siete ensayos...*, p. 169.

orgullosa se hizo autónoma en Lima, mientras el espíritu incaico, vencido y resentido, se hizo carne dolida en el Cuzco. El primero creció como árbol; el segundo se sumergió en la tierra como una raíz profunda pero de una planta distinta»¹²⁴. Visto que el elemento discriminado resulta ser el indígena, las grandes mayorías nacionales han sido excluidas fuera del margen de la nación, sin ser capaces de percibir la existencia de un lazo nacional y de cultivar un sentimiento nacionalista.

Se puede reducir la multitud de las opiniones presentadas a dos posiciones principales, a saber, la que declara la necesidad de conservación del statu quo, y propone algunas modificaciones tendientes a perfeccionamiento de las estructuras existentes y la ampliación de los límites de lo nacional, pero sin cambios esenciales del sistema; y la que propugna la creación de una nueva nación a través de la introducción en la comunidad nacional de los sectores nuevos, de las masas, que hasta el momento han permanecido fuera de su margen, ofreciéndoles derechos iguales a los que tienen ciudadanos ya «reconocidos».

Según los partidarios de la primera orientación, la nación peruana ya está hecha, y un cambio sustancial significaría destrucción de un organismo vivo, y no curación de sus males. Hay que guardar la forma y la composición existente de la nación peruana, y por consiguiente, conservar sus estructuras y relaciones internas, es decir el predominio de la cultura occidental y el poder económico y político de la élite criolla. Los tradicionalistas no sólo respetan la tradición sino quieren vivirla conservando la jerarquía vigente dentro de la institución de la nación.

Analizando el problema nacional en el Perú desde el punto de vista de los «tradicionalistas», hay que reconocer la existencia de una nación, aunque haciendo una observación importante. En este caso se trata de Estado-Nación, o sea nación limitada a un grupo social que construye y participa en la estructura estatal, y comprende una parte minoritaria de la sociedad, una élite. Ésta se atribuyó la responsabilidad por la formación, organización y desarrollo de la sociedad que está sometida bajo su control. En este sentido la nación (Estado-Nación) sí existe y funciona como institución coherente interiormente y no un grupo ocasional y desintegrado. Sin embargo, fuera de su margen permanece la mayoría de la población (Pueblo-Nación), que comprende campesinos indígenas, proletariado emergente, pequeños propietarios, aprovechada para

124. E. Romero: *op. cit.*, p. 56.

mantener la institución de Estado-Nación, pero sin derecho de codecisión.

Ahora, surge la pregunta ¿a qué se debe la aparición del programa de la integración nacional, participación de las masas en la comunidad nacional? Parece verídica la tesis (que espero poder discutir más detalladamente concluida la investigación), que los métodos de explotación y control utilizados en la sociedad sometida al Estado oligárquico, resultaron 'poco eficaces en el Estado Nuevo propuesto por A. B. Leguía, representante de los intereses de la burguesía peruana que cuestiona el predominio de la oligarquía. La conservación de los métodos antiguos en la situación económico-social cambiada, amenazaría la sobrevivencia del Estado-Nación. De aquí, aparece el programa de la ampliación de la base nacional, lo que va a servir a la ampliación y modernización del sistema económico nacional, y este programa comparten los portavoces de la modificación, o sea ampliación gradual de la nación, tanto provenientes del grupo relacionado directamente con el gobierno (leguístas), como también sus críticos (V. A. Belaúnde, J. de la Riva Agüero).

Parece que en este programa coinciden también los representantes de otras corrientes ideológicas, que aparentemente exponen los mismos lemas: la ampliación de la nación peruana, la incorporación de los sectores hasta entonces marginales, aunque mayoritarios. Sin embargo, la diferencia es notoria. Primero, en caso de los movimientos políticos «nuevos» la discusión no se limita al problema indígena e incorporación de la población indígena a la sociedad nacional, sino que abarca también, y abiertamente, los derechos de las clases medias y proletariado (muy a menudo también de extracción indígena reciente — los cholos), como participantes indiscriminados en la nación. Segundo, es completamente diferente el método de incorporación propuesto por ambos bandos. Mientras que los «tradicionalistas» proponen la incorporación dirigida y controlada totalmente por ellos, es decir mantienen que las masas (indígenas) pueden o incluso deben de participar en la comunidad nacional, «incorporarse al medio nacional», pero a condición de que no discutan las estructuras y no intenten cambiar este medio, los políticos «nuevos» (que en general son los que en su visión de la nación peruana enfatizan no la comunidad de recuerdos sino la de deseos y proyectos para el futuro como factor principal de la comunidad nacional) proponen la tarea de la creación de una nueva nación, pues la

introducción de los nuevos sectores dentro de la nación va a constituir algo más que un mero cambio cuantitativo. Al ofrecerles a las masas igualdad de derechos y participación en las decisiones referentes a ellas mismas y a toda la nación, tienden a perturbar el equilibrio de fuerzas y la estructura social existente, transformando todo el sistema hasta modelar otro, diferente del antiguo. Así, se puede definir la primera opción como el programa de conservación de la institución del Estado-Nación, aunque modificada o modernizada, y la segunda — como el postulado de la construcción de la nueva nación, o sea Pueblo-Nación.

Claro está que la interpretación presentada muestra las posiciones enfocadas de manera muy general, sin tomar en cuenta toda la multitud de variaciones de opiniones y programas propuestos por los autores mencionados. A veces ocurre incluso que un autor, con tiempo y a medida de la acumulación de sus experiencias, cambia su punto de vista. Aunque sería interesante seguir la evolución de la imagen de la nación y la peruanidad en el lapso de tiempo que nos interesa, no es posible realizar tal tarea por el nivel insuficientemente avanzado de la investigación y por la selección bastante limitada de opiniones a que me refiero en el texto presente.

Sin embargo, ya se hacen visibles ciertas correlaciones entre los grupos de los autores mencionados. Como se ha dicho, son los jóvenes quienes intentan despertar la conciencia nacional y buscan la esencia de lo peruano en las masas. «La generación del centenario», los que van a engrosar las filas del Partido Socialista y el APRA, nacieron en el período 1890-1900, algunos aún más tarde (J. Basarde - 1903, C. M. Cox — 1902), y la fecha común de nacimiento (1895)¹²⁵ de los dos profetas de la juventud peruana, V. R. Haya de la Torre y J. C. Mariátegui, llega a ser casi un símbolo. Los tradicionalistas, según el calendario, no parecen ser mucho mayores (V. A. Belaúnde — 1883, J. de la Riva Agüero — 1885), pero si tomamos en cuenta la comunidad de las experiencias históricas, tendremos que incluirlos en otra generación. Aunque vivían los mismos acontecimientos, su óptica era diferente. No compartían con los estudiantes de entonces la rebeldía y las discusiones, un fervoroso y fértil intercambio de ideas en el período de la Reforma Universitaria 1919.

Según la opinión casi unánime es la tercera década de nuestro siglo cuando

125. J. C. Mariátegui nació en 1894, pero el mismo indicaba como la fecha de su nacimiento el año 1895 que durante cierto período fue aceptado como el dato oficial.

las provincias empiezan a invadir Lima. Esta invasión tiene su doble dimensión: la masiva, popular, realizada por los serranos que apareciendo en las calles de la capital recuerdan a los limeños que hay también otro Perú, diferente del occidental; y la intelectual, realizada por los jóvenes nacidos en Huánuco, Trujillo, Puno, Moquegua, Tacna, Piura o Cajamarca, que vienen a estudiar en San Marcos. Es verdad que han pasado su vida estudiantil, su época de maduración intelectual en Lima, y que muchos de ellos se han quedado en la capital. Pero también es verdad que han llegado con algunas observaciones hechas en su tierra natal, y sobre todo, que han seguido fieles a sus provincias a pesar de vivir en Lima. L. E. Valcárcel quien estudiaba y después enseñaba en Cuzco, V. R. Haya de la Torre quien durante toda su carrera política buscaba apoyo de sus compatriotas del norte del Perú, H. Castro Pozo quien incansablemente levantaba la voz defendiendo su Ayabaca a pesar de las bromas de otros diputados del Congreso, al fin J. C. Mariátegui, acusado por sus adversarios de no conocer personalmente la realidad serrana, pero cuya preocupación constante era el progreso de esta Sierra precisamente — todos ellos son provincianos que se convierten en regionalistas modernos, defensores de la personalidad de sus provincias, luchadores por su emancipación económica, política y cultural dentro de la nación peruana.

Sin embargo, no se debe olvidar que todos ellos pertenecen a la cultura occidental. Son los criollos (y principalmente representantes de las clases medias — portadores tradicionales de la idea de nacionalismo), quienes siguen discutiendo sobre el destino del Perú y ofreciendo recetas para su salvación. Las masas indígenas a que se dedica tanta atención, no logran convertirse, salvo casos raros (Congresos Indígenas 1921-1924) de objeto en sujeto, nadie les pregunta por su opinión sobre su propio futuro. Las propuestas y polémicas seguían desenvolviéndose principalmente en el medio de los círculos criollos, y lentamente encontraban camino a las masas peruanas, a pesar de los antecedentes de la cooperación entre los intelectuales y obreros, sobre todo a través de las Universidades Populares González-Prada y la intervención de la Federación de los Estudiantes con V. R. Haya de la Torre en la lucha obrera por la jornada de ocho horas en 1919. Sin embargo, estos canales de difusión de las ideas nuevas resultaron demasiado estrechos. No los ensancharon suficientemente los diarios y periódicos — sobre todo capitalinos o locales universitarios — por más progresista que sea su orientación.

Dado el analfabetismo, el desconocimiento del castellano de parte de los indígenas por un lado, y el alcance limitado de la prensa y tiradas no muy grandes de los libros publicados preferentemente en los grandes centros urbanos, por otro, entendemos, por qué los más interesados ni se dan cuenta, y mucho menos participan en el intento de la renovación nacional. Hay también otro obstáculo en la difusión libre de las nuevas corrientes ideológicas, a saber, las autoridades locales, los gamonales, que no compartían los ideales de la joven élite intelectual peruana y eficazmente frenaban la comunicación: los indígenas-los indigenistas.

No obstante las limitaciones serias del movimiento de la renovación nacional en el Perú en la tercera década de nuestro siglo, hay que calificarlo como prometedor. Las masas, gracias a su movilización y gracias a la exaltación de su importancia y su fuerza de parte de los intelectuales, se hacen presentes en la escena nacional, aparecen en los programas de los partidos políticos, en los textos de las leyes, en el arte y la literatura. El proceso está recién iniciado, pero su dirección ya determinada. Los participantes del movimiento se dan cuenta de los males del Perú, y están dispuestos a vencerlos. Por eso no la nota de desesperación predomina en aquel período sino al contrario — la de esperanza. Un paso adelante ya está dado, pues los peruanos, independientemente de su orientación política y aunque ofrecen soluciones muy variadas, coinciden en un punto: empiezan a adquirir la conciencia de los problemas de su país, intentan dar testimonio a la realidad social del Perú, discuten métodos de la renovación nacional buscando así el camino a la «peruanidad viviente» según la expresión de T. J. Pereyra Diaz. «Se da comienzo de la obra de revisión de la historia; de nuestra vieja legislación; de nuestros códigos; de nuestros valores humanos; de nuestra literatura; de nuestras realidades geográficas y económicas y de nuestra realidad política. Todo este movimiento formidable en el terreno de las ideas y de los hechos que empieza a acaecer en el Perú después del centenario, produce una conmoción en la mentalidad peruana [...] El indigenismo sale de su etapa romántica, estilo Bartolomé de las Casas, para hacerse acción social tangible»¹²⁶. Empieza a formarse el nuevo Perú, y empieza a actuar la nueva generación de los peruanos, y como dice J. C. Mariátegui: «lo más peruano, lo más nacional del Perú contemporáneo es el sentimiento de la nueva generación»¹²⁷.

126. E. Romero: *op. cit.*, p. 53.

127. J. C. Mariátegui: *Peruanicemos...*, p. 72.

Bibliografía.

1. «Amauta. Revista mensual de Doctrina, Literatura, Arte, Polémica», Lima 1926-1930.
2. J. Basadre: *Perú: Problema y Posibilidad*, Librería Francesa Científica y Casa Editorial E. Rosay, Lima 1931.
3. V. A. Belaúnde: *Peruanidad*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 1968.
4. V. A. Belaúnde: *La realidad nacional*, Ediciones Mercurio Peruano, Lima 1945.
5. M. Belaúnde Guinassi: *Historia militar y nacionalidad*, Centro de Estudios Histórico Militares, Lima 1948.
6. P. M. Benvenuto Murrieta: *Algunas ideas sobre la peruanidad*, Imp. Mario Ampuero Cía, Lima 1945.
7. H. Castro Pozo: *Renuevo de peruanidad*, s.e., s.l. s.f.
8. *Conferencia Económica del Sur (celebrada del 22 al 29 de febrero de 1932 en la ciudad de Arequipa)*, Arequipa 1932.
9. C. Fernández Sessarego: *Peruanidad y cultura*, Ediciones «José Martí», San José 1945.
10. V. R. Haya de la Torre: *Indoamérica*, Ediciones Pueblo, Lima 1961.
11. V. R. Haya de la Torre, *Treinta años de aprismo*, Fondo de Cultura Económica, México 1956.
12. J. Ingenieros: *El hombre mediocre*, Ramón J. Roggero y Cía editores, Buenos Aires 1949.
13. *Lecturas patrióticas*, Prensas del Ministerio de Educación Pública, s.l. 1944.
14. J. C. Mariátegui: *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, Empresa Editora «Arnauta», Lima 1950.
15. J. C. Mariátegui: *Peruanicemos al Perú*, Empresa Editora Arnauta, Lima 1972.
16. J. C. Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Editorial Crítica, Grupo editorial Grijalbo, Barcelona 1976.
17. T. J. Pereyra Díaz: *Idiosincrasia peruana y sociedad*, s.e., Lima 1966.
18. *Peru. Four Years of Constitutional Government*, s.e., New York 1920.
19. Fr. Ponce de León: *Al servicio de los Aborígenes Peruanos*, Librería e Imprenta D. Miranda, Cuzco 1946.
20. E. Romero: *Perú por los senderos de América*, Librería e Imprenta Minerva, Lima 1959.
21. J. de la Riva Agüero: *Afirmación del Perú*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 1960.
22. L. A. Sánchez: *El Perú: retrato de un país adolescente*, Ediciones Peisa, Lima 1973.
23. L. A. Sánchez: *Testimonio personal. Memorias de un peruano del siglo XX*, Ediciones Villasán, Lima 1969.
24. J. Uriel García: *El nuevo indio*, Editorial H. G. Rozas, Sucesores, Cuzco 1930.
25. L. E. Valcárcel: *La ruta cultural del Perú*, Fondo de Cultura Económica, México 1945.
26. L. E. Valcárcel: *Tempestad en los Andes*, Editorial Universo, Lima 1972.
27. J. Varallanos: *El cholo y el Perú*, Imprenta López, Buenos Aires 1962.